

VIDA PLENA JUNTO AL PADRE

1 de Noviembre de 2026

Proclamación del Reino:

Las Bienaventuranzas

Lo siguieron grandes multitudes procedentes de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y Transjordania.

Al ver Jesús las multitudes subió al monte, se sentó y se le acercaron sus discípulos. Él tomó la palabra y se puso a enseñarles así:

Dichosos los que eligen ser pobres, porque éstos tienen a Dios por rey.

Dichosos los que sufren, porque éstos van a recibir el consuelo.

Dichosos los sometidos, porque éstos van a heredar la tierra.

Dichosos los que tienen hambre y sed de esa justicia, porque éstos van a ser saciados.

Dichosos los que prestan ayuda, porque éstos van a recibir ayuda.

Dichosos los limpios de corazón, porque éstos van a ver a Dios.

Dichosos los que trabajan por la paz, porque a éstos los va a llamar Dios hijos suyos.

Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad, porque éstos tienen a Dios por rey.

Dichosos vosotros cuando os insulten, os persigan y os calumnien de cualquier modo por causa mía.

Estad alegres y contentos, que grande es la recompensa que Dios os da; porque lo mismo persiguieron a los profetas que os han precedido.

Ψ Ψ Ψ

Si algo aparece claro en las bienaventuranzas es que Dios es de los pobres, los oprimidos, los que lloran y sufren. Dios no es insensible al sufrimiento. No es apático. Por eso, el futuro proyectado y querido por Dios pertenece a quienes sufren, porque apenas hay un lugar para ellos en la sociedad.

Son bastantes los pensadores que creen observar un aumento creciente de la apatía en la sociedad moderna. Nos mantenemos lo más lejos posible del dolor.

Por otra parte, la organización de la vida

moderna parece ayudar a encubrir la miseria y soledad de las gentes, ocultando el sufrimiento. No es frecuente encontrarse de cerca con el rostro perdido de un hombre marginado. No tocamos la soledad y la desesperación del que vive junto a nosotros.



Hemos reducido los problemas humanos a números y datos. Contemplamos el sufrimiento ajeno de forma indirecta, a través de la pantalla televisiva. En medio de esta apatía social se hace todavía más significativa la fe cristiana en un «Dios amigo de los que sufren», un Dios crucificado, que ha querido sufrir junto a los abandonados de este mundo: el Dios de las bienaventuranzas.

«Podemos cambiar las condiciones sociales bajo las cuales sufren los hombres... Podemos hacer retroceder y suprimir incluso el sufrimiento, que aun hoy se produce para provecho de unos pocos. Pero en todos esos caminos tropezamos con fronteras que no se dejan traspasar. No solo la muerte... También el embrutecimiento y la falta de sensibilidad. El único medio de traspasar estas fronteras consiste en compartir el dolor con los que sufren, y hacer más fuerte su grito» (Dorothee Sölle)

VIVIR CON NUESTROS MUERTOS

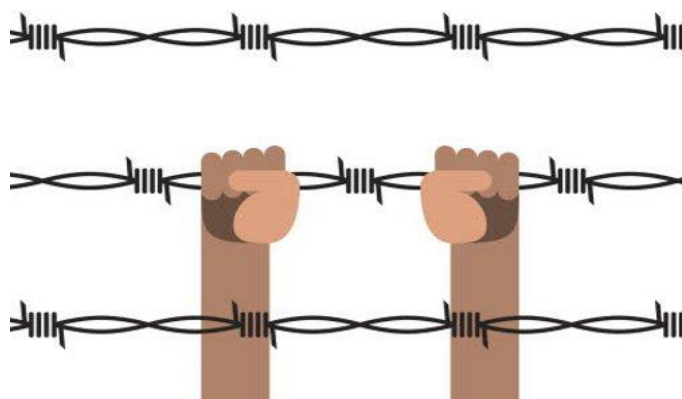
He tenido la suerte de que las personas queridas que he acompañado a *vivir hasta el fin* han sido personas que pudieron vivir y morir con dignidad, conscientes del trance que atravesaban, y despedirse de la vida con pasión, con amor y con una inmensa resiliencia y esperanza, pese al dolor y el misterio que las atravesaba. Se puede vivir y morir de muchas maneras y yo he tenido la suerte de ser testigo de esta forma de hacerlo.

Quizás por eso el sentimiento de *presencia de estas vidas* en mi existencia cotidiana es constante y se me revela como fuerza, como aliento de vida y agradecimiento permanente. Mis muertos no me abandonan. Forman parte de mi día a día. Se me hacen presentes cuando me doy crema en la cara y, en este gesto de cuidado, la presencia de mi madre se me hace más nítida con una sonrisa cómplice de aprobación, o cuando escucho atenta a mujeres jóvenes que andan buscando ser ellas mismas, enfrentando el precio que han de pagar por serlo; trato de apoyarlas con todas mis fuerzas, como hizo conmigo otra de mis muertas más queridas, mi compañera incondicional y siempre amiga Teresa. O cuando me sumo a las movilizaciones contra el genocidio de Gaza cantando “Libre, libre Palestina”, como aprendí de Conchita, una de mis muertas más insumisas.

Pepa Torres

LOS OLVIDADOS

Sin embargo, también hay otros muertos, millones de muertos, sin nombre, muertos cuyas *sus vidas no son dignas de ser lloradas*, muertos sin memoria que pierden - por tanto- su capacidad de revelación, que esperan ser rescatados de la amnesia colectiva: los desaparecidos y desaparecidas en tantas fosas comunes en México, Colombia, Argentina, Chile, España...y en el Mediterráneo o la ruta canaria, los más de 80.00 muertos masacrados en Gaza, los olvidados en África. Muertos que piden no ser olvidados y que las historias de abandono, de violencia, de injusticia, de barbarie, cuyas vidas representan, nunca más se repitan. Tenemos una deuda de llanto, de grito, de justicia y reparación con ellos y ellas. Muertos que claman ante el desamor, porque *el amor es la vida y nos hace eternos, porque quien ama y es amado no morirá jamás*.



Pistas de reflexión

- ¿Buscamos ante todo el reinado de Dios y su justicia?
- ¿Podemos conformarnos con un mundo que es un infierno para tantos que no pueden comer, ni trabajar, ni vivir, ni ser felices?